

AMOR POR AMOR

I

Era poco después de medio día. Las campanas de la parroquia gemían tristemente invitando a los fieles a elevar una plegaria por el eterno reposo de un hombre ilustre, gran sabio y gran cristiano: el doctor Alvarez.

En la gran plaza de la iglesia apiñábanse los curiosos para presenciar el paso del entierro, cuyo cortejo, formado por los asilados del Hospicio, las representaciones de varias órdenes religiosas y del clero e innumerables amigos del difunto, avanzaba lentamente. Gran número de coches seguían detrás, ocupados por la familia y los amigos más íntimos. Una ostentosa corona de laurel cubría el féretro.

Un caballero vestido de riguroso luto iba en el primer coche acompañando a un niño de unos ocho años de edad. Era este niño el hijo del doctor, Luisito, que se había empeñado tenazmente en ir al cementerio.

El niño lloraba sin consuelo. Su tío Félix, único hermano del difunto, trataba en vano de consolarle; Luis no hacía caso de sus palabras y seguía llorando en silencio. Al llegar al cementerio, el pequeño limpióse los ojos, y con energía superior a sus pocos años, reprimió los sollozos que le ahogaban. Ayudado por su tío bajó del coche y penetró en el cementerio. Los sepultureros colocaron el ataúd en la fosa y el capellán rezó un responso. Luégo los asilados del Hospicio cantaron un himno fúnebre. Algunos de ellos lloraban porque habían perdido para siempre su protector y su amigo.

El capellán dirigió algunas palabras de consuelo a la familia, ensalsando las virtudes del difunto, su bondad, su amor al prójimo que le había llevado a sacrificar su vida por salvar la de un pobre niño, que estaba a punto de perecer entre las ruedas de un automóvil.

Mientras hablaba el sacerdote, Luisito permanecía inmóvil como una estatua. Ya sabía él que su padre había sido víctima de un accidente, pero nadie había nombrado al niño, causa inocente de aquella desgracia. El capellán acababa de evocar su imagen en la imaginación exaltada y en el dolorido corazón del huérfano.

Terminada la fúnebre ceremonia, Luisito se acercó a su tío y, asiéndole violentamente la mano, le dijo en voz baja:

—Tío, ¿quién ha sido ese niño que ha causado la muerte de mi padre? ¿Cómo se llama?

Mírole su tío extrañado, y se asustó al ver la expresión de odio que brillaba en los ojos del pequeño.

La concurrencia iba desfilando lentamente, tío y sobrino subieron al coche. Durante unos instantes permanecieron en silencio. De pronto el niño rompió a llorar amargamente. Calmóse luego, poco a poco, y apoyando la cabeza en el hombro de su tío, repitió:

—Dímelo, tío, por favor... ¿Cómo se llama?... ¿Dónde está?

Comprendió el tío cuál era el secreto pensamiento de Luis, y queriendo alejar el mal sentimiento que brotaba en aquella alma, le respondió tristemente, aunque con severo acento:

—¿Por qué insistes en preguntarme una cosa que yo no puedo decirte?

—Pero, ¿no sabes el nombre del que ha sido la causa de la muerte de mi padre?

—No hables así, Luisito.

—Anda, tío, dímelo.

—Sólo sé que es un pobre huérfano, ese niño por quien tu padre se ha sacrificado. Creo que está en el hospital, porque fue gravemente herido.

Luisito volvió a llorar en silencio. Después de una corta pausa, su tío le dijo con voz grave:

—Luis; por el amor que tienes a tu madre, te ruego que no vuelvas a hablar de esto. Bástete saber que tu buen padre ha sido víctima de la caridad.

El niño tomó la mano de su tío, y después de unos momentos de duda, respondió:

—No volveré a hablar de ello... ni a mamá, ni a mi hermanita.

—Bien, hijo mío; Dios te bendecirá.

El niño se reclinó en los almohadones del coche y cerró los ojos, mientras su tío le miraba conmovido.

Momentos después paró el coche ante la casa de Luisito, y éste, acompañado de su tío, subió rápidamente la escalera que conducía al cuarto que su padre había abandonado para siempre.

II

La historia del pobre Juanito era una historia vulgar, pero muy triste. Su padre, que era albañil, había caído de un andamio desde la altura de un tercer piso, y después de sufrir terribles dolores, había muerto en un hospital. Quedó la viuda abandonada, pobre y enferma, pero como era mujer de grande ánimo, resignóse con la voluntad de Dios, y se puso a trabajar con ahínco para que su pequeñuelo no careciese de lo necesario. Cosía la infeliz para un almacén de ropa blanca donde la pagaban tarde y mal, pero a fuerza de trabajar día y noche, sin un momento de descanso, había llegado a verse libre de deudas y a tener lo suficiente para ir pasando, sin pedir nada a nadie.

Pero llegó un día en que sus escasas fuerzas se agotaron. Eran las cinco de la tarde. La viuda cosía febrilmente en una labor que debía entregar sin falta aquella misma noche. Juanito estudiaba su lección del día siguiente. De pronto la pobre mujer fue presa de un violento acceso de tos, seguido de un vómito de sangre.

—¡Juan!—exclamó angustiada—¡Juan, un sacerdote!...

El niño se precipitó escalera abajo, entró como un loco en la portería pidiendo a la portera que subiese con su madre, y corrió a la iglesia más cercana.

El pobre Juan corría sin prestar atención a los coches, automóviles y demás vehículos de todo género que cruzaban en distintas direcciones, siendo un peligro continuo para los que iban a pie; sólo veía a su madre, a su madre que se moría sin remedio.

De pronto, el niño fue alcanzado por un automóvil y derribado violentamente al suelo; al mismo tiempo sintió que una mano de hierro le arrancaba del peligro. Oyó gritos y lamentos; vio confusamente cómo se arremolinaba la gente a su rededor, y perdió el sentido.

Cuando volvió en sí, hallóse acostado en una cama muy blanca, rodeada de cortinas, blancas también. Una hermana de la caridad se inclinaba hacia él hablándole dulcemente. El niño la miró sin responder, y volvió a cerrar los ojos. La hermana le tomó el pulso, le arropó cariñosamente y se arrodilló al pie de la cama.

Por la ventana entreabierta penetraba el triste gemido de las campanas que tocaban a muerto.

—¡Pobre niño!—murmuró en voz baja la religiosa ¡qué cara nos cuesta tu vida!

Porque el salvador del pobre huérfano había sido el doctor Alvarez, el cual pasaba al lado del niño en el momento del accidente, y se había precipitado a socorrerle, siendo alcanzado por las ruedas del automóvil, de entre las cuales le recogieron moribundo.

El caritativo doctor apenas había tenido tiempo de recibir los últimos sacramentos y de hacer a su esposa las supremas recomendaciones.

La madre de Juanito había muerto en brazos de la portera que había acudido en su socorro. El pobre niño quedaba solo en el mundo.

III

La mujer del doctor se disponía a salir de casa cuando la llevaron la terrible noticia del accidente sufrido por su esposo. Momentos después llegaba el herido conducido en una camilla de la casa de socorro. ¡Pobre mujer! Se acababan de separar hacía apenas una ho-

ra... El iba a visitar un enfermo grave; ella a ver una amiga... Tenían pensado reunirse en el paseo y volver juntos a casa... ¡El hombre propone y Dios dispone!

Acababa de vestirse para salir, y a pesar del modesto traje gris y del sencillo peinado que recogía la espléndida cabellera rubia, aquella mujer, que frisaba en los cincuenta, parecía casi una niña. Sus ojos azules tenían una expresión de intensa dulzura y de inalterable calma. En sus labios vagaba siempre una sonrisa que iluminaba su rostro, en el que apenas se veía alguna arruga. Toda su figura tenía un no sé qué de placidez y de alegría que cautivaba la simpatía de todo el mundo. Lo mismo que su marido, era buena y caritativa. En una palabra: aquel hogar era el modelo de los hogares cristianos y, por lo tanto, dichosos.

Como era algo temprano todavía, la esposa del doctor tomó un periódico para entretenerse un rato mientras llegaba el momento de salir. Los dos niños, Luis y Magdalena, jugaban ruidosamente en el comedor.

Al cabo de un rato llamaron a la puerta del jardín. Mientras la criada bajaba a abrir, ella se acercó al balcón y levantó el visillo. Un grupo de personas se apiñaba detrás de la verja. Entra ellas vio a Perico, el ayudante de su marido. Abrió la doncella y entraron todos en el parque. Entonces vio la desgraciada que conducían una camilla... Lanzó un grito y se desplomó sobre la alfombra. Mientras tanto el herido, rodeado de sus amigos, del sacerdote y del médico, agonizaba. Su esposa fue llevada al lecho y reanimada a fuerza de fricciones con agua fría... Aún pudo escuchar las últimas palabras de su marido:

—María, véla sobre nuestros hijos... Dios te ayudará... Que sean buenos cristianos... Y Luis...

El doctor no pudo continuar; dejóse caer sobre la almohada, y momentos después había muerto.

La viuda permanecía impasible como un cuerpo sin alma, ante el cadáver de su marido.

En vano procuró el médico provocar en ella una crisis de lágrimas que la hubiera aliviado. En vano Luisito y Magdalena la colmaron de caricias y de besos; la infeliz no hablaba, no podía llorar; sentía como una mano de hierro que la apretaba el corazón, ahogándola.

Luis lloraba en silencio. Magdalena aún era muy niña para comprender la desgracia que les había herido; sin embargo, lloraba también, porque veía llorar a su hermano. Luego, pasito a pasito se acercó a su padre, y colocando su manita sobre el brazo del cadáver, murmuró:

—Papá, despiértate. Mamá no nos habla ni nos mira, porque tú estás durmiendo...

La viuda, sin darse cuenta de nada, dejóse conducir al comedor y permaneció sentada en una butaca toda la noche y parte de la mañana siguiente, durmiendo a ratos, indiferente a cuanto la rodeaba.

El salón, donde toda la noche había estado expuesto el cadáver, permanecía en la oscuridad, cuando Luis y su tío volvieron del entierro. Una doncella recorrió los pesados cortinones de terciopelo y el sol entró a raudales iluminando con rayos de vida los fúnebres atavíos de la muerte. La criada comenzó a recoger los paños negros, las flores y los cirios. Al oír el ruido, la desgraciada viuda se dirigió hacia el salón. A la vista del crucifijo, rodeado de hachones, brilló en sus ojos un rayo de inteligencia; miró a los amigos que volvían del entierro y que la rodeaban silenciosos, vaciló un momento y cayó de rodillas sollozando.

Al cabo de unos minutos acercóse a ella su cuñado y la habló del muerto...

—Está salvada—dijo el médico—En mi larga carrera no he encontrado un caso tan difícil, ni tan peligroso como éste.

IV

Dos meses habían transcurrido desde los acontecimientos que acabamos de narrar. La viuda del doctor se había trasladado a otro hotel, en un barrio más tranquilo. Luisito iba externo al colegio de los jesuitas. Magdalena al de Loreto.

El niño era muy buen estudiante y sus maestros estaban satisfechos de él. Desde la muerte de su padre había abandonado casi por completo los juegos a que antes era tan aficionado, y a veces un velo de tristeza se extendía por su rostro. Su madre le encontraba demasiado formal para sus años; hubiera ella preferido verle correr, saltar y aun estudiar menos... A veces se alarmaba de la excesiva gravedad y del gesto amargo que alteraba las facciones del niño.

Un día Luisito volvió del colegio corriendo, subió en dos saltos la escalera y se precipitó como una tromba en el gabinete de su madre.

—Mamá, mamá—gritó—tienes que decirme una cosa.

—¿Qué te pasa, hijo?—exclamó ella asustada.

Luis arrojó los libros sobre el sofá, sacudió su melena rubia y dijo con voz entrecortada:

—Mamá ¿es cierto que ese niño por quien murió papá, vive todavía? ¿Sabes tú si vive en este barrio...? Me lo han dicho mis amigos... Se llama Juan Ramírez...

Y el niño rompió a llorar. Su hermanita se acercó a él para consolarle, pero la rechazó ásperamente.

Hasta aquel día nadie en la casa había hablado del niño salvado por el doctor. Acaso la viuda ignoraba los detalles del horrible accidente. Luis, por su parte, había guardado la promesa hecha a su tío el día del entierro, y nunca había dicho una palabra a su madre. Muchas veces pensaba en aquel niño y sentía crecer el odio en su corazón. Procuraba combatir aquella pasión, porque

pensaba que el niño había muerto, pero aquel día, cuando sus compañeros le habían dicho que vivía aún, todos los sentimientos de cólera y de venganza se habían agitado en su alma, como las olas de un mar alborotado. Sin embargo, había logrado contenerse ante sus condicúlos, y no había dicho una palabra.

La madre miraba a su hijo con asombro. Su instinto maternal la hacía adivinar el combate que se libraba en el corazón del niño. Calló unos momentos; luégo, con voz grave y conmovida, dijo:

—Sí; ese niño vive, y espero que llegará a ser un buen muchacho... como tú.

—Cuéntamelo todo, mamá, cuéntamelo todo...

Comprendiendo que había llegado el momento de hablar, ella contó sencillamente todo lo que sabía respecto de Juanito. Luis escuchaba atentamente. Cuando su madre hubo terminado, el niño apretó los puños con un ademán de cólera que asustó a la viuda.

—Mira, mamá—dijo él con voz alterada—si yo encontrara a ese niño, nunca le podría querer... Al contrario, le odiaría, porque él tiene la culpa de la muerte de papá.

Magdalena jugaba en un rincón, sin darse cuenta de lo que hablaban.

Luis—dijo severamente la madre—¿quieres seguir mis consejos?

El niño, sorprendido, casi asustado del acento solemne con que le hablaba su madre, no respondió.

Insistió ella, y entonces, en voz baja respondió el pequeño:

—Sí, mamá.

—Pues, mira; ese pobre niño es inocente de nuestra desgracia. No le odies. El también es desgraciado... más que nosotros... Es pobre, huérfano... Píde a Dios la fuerza necesaria para vencer tus malos instintos y para amarle... Luis, ¿lo harás así? Prometémelo.

Luisito se arrojó en los brazos de su madre sollozando:

—Sí, mamá; te lo prometo... Pero... no quisiera verle nunca... jamás... ¡en toda la vida!

V

Juanito permaneció varias semanas en el hospital, luchando entre la vida y la muerte. Como era un niño muy bueno, las hermanas le querían mucho, el médico se interesaba por él y don Francisco, el capellán, iba muchas veces a verle y le llevaba dulces y juguetes. El buen señor estaba encantado con la inteligencia del niño.

—Si eres bueno—le dijo un día—yo te haré hombre de provecho.

Y al volver a su casa llamó a la criada y le dijo:

—Petra, tienes que preparar la alcoba del comedor: va a venir un huésped.

La vieja le miró asombrada.

—¿Es una broma, señor cura? Nunca viene nadie...

—Nada de bromas, el cuarto tiene que estar dispuesto para esta noche.

Petra gruñó unas palabras en voz baja, y se dispónía a salir del despacho, cuando su amo la volvió a llamar.

—Te advierto que no será un huésped para un par de días, porque es un niño de once años y pienso tenerle conmigo hasta que sea un hombre hecho y derecho.

—¡Un chiquillo en casa!... ¿En qué está pensando el señor?... ¡Nos cayó la lotería!

Don Francisco se echó a reír.

—No es tan terrible como te lo figuras—respondió—ya verás como te gusta, luégo que te ayude un poco.

Esta idea tranquilizó algo a la vieja, pero cuando vio a Juanito tan pálido, tan delgado y tan enfermizo, exclamó con acento de conmiseración:

—¡Pobre muchacho! No podrá levantar una paja. Señor cura, hay que resucitar a este chico... Yo me encargo de eso.

Y en efecto, Petra se encargó del cuidado del niño, porque, a pesar de su habitual brusquedad, la buena mujer tenía un gran corazón. Mimaba al chico y le atendía como si fuera su nieto, y cuando pensaba en el porvenir, se decía que aquel muchacho tan delicado y tan listo no podía ser un obrero... Estudiaría... ¡claro que estudiaría!... ¿Y después?... Después el Seminario. Aquel era el sueño dorado de Petra.

Juanito empezó sus estudios bajo la dirección de don Francisco, que estaba encantado con la docilidad e inteligencia del huérfano. Durante un año estuvo éste en casa del capellán, el cual, viéndole completamente restablecido y fuerte, gracias a los cuidados de Petra, pensó que haría bien poniéndole en un colegio.

VI

Luisito seguía estudiando con ahinco; era siempre el primero en la clase y su madre estaba muy contenta de él. Magdalena, aunque algo revoltosa, también estudiaba mucho. Luis quería a su hermana con locura, y todas las tardes, a la salida del colegio, jugaban los dos en el jardín. La niña se había enterado del odio que su hermano tenía al pobre Juanito, y como era tan buena y tan cariñosa, procuraba siempre no hablar de aquello. A veces decía a Luisito:

—Yo no quiero mal a ese niño, porque él no tiene la culpa de nada. La Virgen te querría más si no le tuvieras mala voluntad.

Y Luis respondía:

—Lo procuraré... Pero tú eres muy pequeña para entender estas cosas.

Cierto día, al volver del colegio, encontró el niño a su madre en el jardín, y la dijo, procurando dominar la emoción que le sofocaba:

—Mamá... no te enfades... ese niño... ese que papá... está conmigo en la clase... yo no lo sabía, pero hoy ha entrado el padre director y le ha llamado *Juan Ramírez*... y mi compañero ha dicho: "Ese es, pero cállate, porque me ha dicho el padre Antonio que no te lo diga." Mamá; no quiero estar con él... no puedo menos... Sácame del colegio...

—Luis, no quiero oírte hablar así, respondió su madre. No es necesario que seas amigo de ese niño, pero tienes obligación de no decir nada a nadie y de ocultar tu antipatía, que llegarás a vencer, si te propones.

Luisito prometió de nuevo, y durante unas semanas todo marchó bien. Pero sucedió una cosa. En los exámenes de fin de mes ganó Juan el primer puesto, que hasta entonces había ocupado siempre Luisito. Entonces el demonio de la envidia consiguió lo que no había podido conseguir el espíritu de la venganza. Sin explicar el motivo de su mala voluntad, Luis levantó a todos sus amigos contra el inocente Juan, el cual sufría en silencio la guerra incesante que le hacían. Su delicadeza no le consentía acusarlos al maestro, y la situación se hacía cada vez más intolerable. Tampoco decía nada a don Francisco ni a Petra, que estaba alarmadísima viéndole cada día más triste y preocupado.

Cierto día volvió Juan del colegio a la hora de costumbre y se dirigió a la cocina, donde se hallaba Petra preparando la comida. El niño estaba pálido y tembloroso, y al verle, la criada exclamó:

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?

—No es nada—respondió él con voz insegura—¿Ha venido ya don Francisco?

—No vendrá hasta la noche, porque ha ido a casa de su hermano. Cóme tú y luego véte a dar una vuelta y a tomar el sol, a ver si traes mejor cara.

Juanito procuró mostrarse alegre durante la comida, y cuando hubo terminado, tomó un libro y se dispuso a salir.

—Mira—le dijo Petra—estudias demasiado y por eso estás siempre malucho. Véte al campo y deja los libros; tiempo tienes de estudiar después.

Juanito se sonrió y la dio las gracias por su solicitud. Luégo se dirigió hacia el río. En un bosquecillo que había a la orilla, se sentó y abrió el libro.

Pero las letras vacilaban ante sus ojos y no pudo leer una línea. En su imaginación repercutían sin cesar las palabras que al salir del colegio le había dicho Luis, su enemigo... Porque Juan había ganado aquel mes el premio de honor, y Luis, exasperado, había levantado contra él a todos sus compañeros. Uno de ellos, al salir de la clase, se inclinó ante él diciendo: "Saludemos al astro que nos eclipsa a todos." Y Luisito, colocándose a su lado, gritó: "¿Un astro? ¡Un pillo, dirás; un ladrón!"

Al oír tal insulto, Juan no había podido contenerse.

—¿Qué te he robado yo?—Interrogó con voz temblorosa.

—¿Qué me has robado?... Si tú hubieras muerto, yo tendría a mi padre...

Y Juan no recordaba lo que sucedió después. Sin duda había sufrido un ligero desvanecimiento; el caso en que se encontró solo con dos compañeros que le habían recostado en un banco del paseo, y como uno de ellos quisiera correr detrás de Luisito, Juan le detuvo diciendo:

—Déjale; yo no tengo culpa, pero él dice la verdad.

Y luégo había vuelto a casa del señor cura más triste que nunca.

Sentado a la sombra de los grandes árboles del soto, reconstruía el pobre niño toda aquella dolorosa escena. De pronto oyó ruido de voces, y volviendo la cabeza hacia el sitio de donde partían, vio a Luis que se acer-

caba con su hermana. El primer pensamiento de Juan fue huir, pero no podía hacerlo sin que le vieran; por lo tanto se ocultó entre los juncos de la orilla del río y esperó a que los dos hermanos se alejasen.

Pero no lo hicieron así. Luisito se sentó bajo un árbol, cerca del lugar donde Juan estaba escondido. Magdalena se acercó a la orilla del río y se entretuvo arrojando piedrecitas al agua. Breves instantes habían transcurrido cuando se oyó un grito desgarrador. La niña había caído al río.

Luis se levantó y corrió hacia la orilla, dando voces, pero Juan había llegado primero. Rápidamente se arrojó al agua y llegó a tiempo de retener por el vestido a la pobre niña que había perdido el conocimiento. Luégo, trabajosamente nadó hacia la orilla y al cabo de unos minutos estaba la niña sana y salva en los brazos de su hermano, mientras Juan, aterido y sintiendo que le abandonaban las fuerzas, se dejaba caer en el suelo.

Magdalena sólo había sufrido un remojón y el susto consiguiente. Luisito aterrorizado por el peligro en que había visto a su hermana y arrepentido de su mala conducta, se arrodilló al lado de Juan, sin atreverse a decir una palabra.

—Luis, murmuró el heroico niño, hoy te he devuelto en parte lo que te he quitado...

Luisito le estrechaba cariñosamente la mano, diciendo:

—Perdóname, Juan, perdóname.

—No hay que hablar más de éso; desde hoy seremos amigos.

Y desde aquel día se quisieron como hermanos.

..*

Luisito siguió la carrera de su padre, Juan se hizo sacerdote, y andando los años bendijo el matrimonio de su amigo, cuyos hijos le llamaban después cariñosamente "el tío cura."

(Del *Almanaque de la familia cristiana*)